

# Garcilaso Inca de la Vega o el tiempo histórico

La idea de nación peruana como proyecto, con sus problemas y posibilidades, comienza a perfilarse desde el momento en que Garcilaso de la Vega se pregunta sobre el sentido de la nueva patria, y busca responderse, desde la perspectiva colonial, la pregunta sobre *¿qué es el Perú?* Desde ahí nos vienen este reto y esta tarea, pasando por los ideólogos de la Emancipación, hasta llegar al presente siglo, en el que se sigue debatiendo sobre el significado de la identidad de nuestra nación. Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde, Mariátegui, Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Porras Barrenechea, Basadre y tantos otros intelectuales, cada uno desde su posición de clase y su propia perspectiva histórica, han pensado la historia del Perú a partir de estas preguntas *¿Quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿hacia dónde vamos? ¿hacia dónde no debemos ir?* En tal sentido, cada pensador ha dejado mucha literatura sobre esta realidad «dulce y cruel», como dice Basadre.

Nunca como hoy —época de desconcierto y de envolvente crisis que mina nuestros fundamentos—, la lectura crítica de ciertos libros basamentales de nuestra cultura resulta de perentoria necesidad. Tal es el caso de la obra del Inca Garcilaso de la Vega. La presencia de su mensaje americanista debe ser recordada y remarcada porque, de alguna forma, el perfil del Nuevo Mundo se encuentra diseñado a partir de su vida y de su obra.

La de Garcilaso es una personalidad de *promisoria síntesis antropológica*, donde se da el encuentro o el vislumbre del inicio de la consumación de dos culturas totalmente diversas, contradictorias y hasta antagónicas: tanto en el espacio como en el tiempo histórico. También simboliza la apertura de un *nuevo ser*: de nuestro ser mestizo, núcleo histórico de lo americano. Pero a Garcilaso no hay que verle como una realidad acabada porque, como escribe Carlos Daniel Valcárcel, él «... es el producto *impreciso* de nuestro ser social de *transición*, porque no es la representación de algo estructurado, sino más bien, la promesa fecunda en direcciones potenciales que las generaciones posteriores estarían —y están— en el sagrado deber de desarrollar<sup>1</sup>.

Considerado como uno de los principales mestizos americanos y, espiritualmente, como el primer peruano, en su persona se funden dos razas: la conquistadora y la conquistada. Con él se funda un nuevo sentir, se inaugura una nueva concepción o visión de la vida; a partir de su *tragedia* brota el ser mestizo como *posibilidad y proyecto*. Con

<sup>1</sup> Véase, *Garcilaso Inca* (ensayo sico-histórico). *Compañía de Impresiones y publicidad, Enrique Bustamante y Ballivián; Lima, Perú, 1939, p. 130.*

su época nace la difícil marcha hacia la conciliación de dos culturas históricamente disímiles: la *incaica* y la *hispánica*. Aquí se encuentran las raíces de la *cultura de la dominación*, según el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy. Es decir, dos estilos de vida con su propio temperamento y matices humanos: el *americano* y el  *europeo*. En este mensaje dual y desgarrado de la obra de Garcilaso, radica el secreto del escritor, dice Luis Alberto Sánchez<sup>2</sup>. Porque la obra de Garcilaso aparece, ante el concierto de la llamada *historiografía de Indias*, como *testamento* y *testimonio*. Como testamento nos deja ver a través de sus relatos lo que fue la sociedad incaica hasta antes de la llegada de los invasores; es documento de un pasado que *fenece* y de *vigencias* que se derrumban para ser negadas y suplantadas por otras venidas desde *fuera*. Se produce el fenómeno del «extrañamiento» o del «enajenamiento» de nuestra cultura. De ahí que se explique su sospechosa parcialidad y su proclive utopismo en la primera parte de *Los comentarios reales*. Como testimonio, documentaliza sus vivencias, sus recuerdos, sus conversaciones y apreciaciones, partiendo siempre de un personal «yo vi», «yo estuve», «yo fui» o «yo conocí». En esta segunda parte de *Los comentarios reales* (o *Historia General del Perú*), estamos ante un escritor conocedor de su trabajo *heurístico*, lejos del cronista crédulo de la primera parte. Garcilaso apunta, por vez primera, la realidad honda y subyugante de una *patria* americana que se gesta en busca de su propio horizonte; aquí la crónica de la conquista y de la epicidad turbulenta de las guerras civiles, además de ser escritas con líneas plenas de ternura y emoción, también son estructuradas conservando un equilibrio general, lejos de la parcialidad del legendario recordar<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Véase su libro: Garcilaso Inca de la Vega. Primer criollo. *Constituye una de las biografías más documentada, y más amenas que se han escrito sobre el Inca; de orden psicologista que penetra en la urdimbre secreta de su nostalgia y desgarramiento existencial. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile 1945, 258 pags.*

<sup>3</sup> Para la ubicación de Garcilaso veamos la clasificación de los cronistas, según algunos autores: Luis Alberto Sánchez los clasifica en:

- a.— Típicos cronistas (*Cieza de León y sus congéneres; y Garcilaso*).
- b.— Cronistas doctrineros o catequistas (*religiosos*).
- c.— Cronistas doctores (*o políticos*): *Matienco, Acosta, Sarmiento, Montesinos.*

El historiador *Markham*, los clasifica en:

- a.— Cronistas: — *Soldados*  
— *Geógrafos*  
— *Logistas*  
— *Religiosos*
- b.— Cronistas mestizos (*entre ellos Garcilaso*).  
— *Indios*

El historiador peruano *Riva Agüero*, los clasifica en:

- Cronistas: — *Espanoles*  
— *Peruanos*  
— *Mestizos (Garcilaso y Blas Valera)*  
— *Cronistas de Convento*

El historiador francés *Louis Baudin*, los clasifica en:

- Cronistas: — *Los que conocieron el Imperio.*  
— *Los que llegaron después de la caída.*  
— *Los que nunca vinieron al Perú.*  
— *Los que asistieron a la colonización.*  
— *Los españoles que vinieron en el siglo XVII.*  
— *Los que recogieron en el terreno los relatos (entre ellos Garcilaso).*

*Santisteban Ochoa*, los clasifica en:

- a.— Cronistas del Imperio (*Garcilaso, Blas de Valera, Huamán Poma de Ayala*).
- b.— Cronistas del Descubrimiento (*Xérez, Andagoya*).

Nuestro autor aparece pues, como un escritor de la *crisis y decadencia*; su prosa refleja la conmoción de un mundo que se va inexorablemente y de un mundo que *adviene* también inexorable, pero confusamente. De su *pesimismo* y aturdimiento surge una *nueva alma*: el alma americana. Un alma desgarrada. Su sangre es su tinta. Su pluma instaura un temple de ánimo. Su narración fisonomiza el futuro rostro antropológico del nuevo hombre americano. Garcilaso no es un historiador de erudición lógica, racionalista, con esquemas conceptuales interpretativos, sino más bien, como dice José Durand, es un «historiador-poeta»<sup>4</sup>; es un historiador con actitud romántica e intención vital porque en su obra se da una marcada «proclividad a la confianza, el egocentrismo, el predominio emotivo sobre el racional o lógico, la melancolía, la nostalgia, la libertad en la forma de expresarse y de componer los elementos internos de la alocución»<sup>5</sup>. Pese a que muchos de sus textos están contruidos con gran imaginación, Garcilaso no inventa, no crea. *Recrea* una serie de acontecimientos vividos o contados; modelando datos proporcionados para dar solidez a su versión; es que la terca realidad se impone a su juicio y fe de cronista; es historiador de certezas (aunque arbitrariamente contempladas) porque se limita en gran parte a recoger (recolectando, coleccionando y seleccionando) la tradición cuzqueña imperial y los sucesos del asentamiento de la conquista.

Cuando se refiere a su lado materno, su amor filial se traduce en cariño nostálgico, elegíaco, confidencial y lamentativo<sup>6</sup>. Declara el Inca escribir la primera parte de *Los comentarios reales*, para honrar la memoria de su madre india. Y cuando habla de su lado paterno su amor se traduce en orgullo, majestuosidad y seguridad. Dice escribir la segunda parte de *Los comentarios reales*, para enaltecer el recuerdo de su padre el

c.— *Cronistas de la Conquista* (Pedro Pizarro, Xérez, Molina).

d.— *Cronistas de las Guerras Civiles* (Palentino y otros).

e.— *Historiadores y costumbristas del Virreynato*.

El historiador peruano Raúl Porras Barrenechea, los clasifica en:

a.— *Cronistas del Descubrimiento*.

b.— *Cronistas de la Conquista*.

c.— *Cronistas de las Guerras Civiles*.

d.— *Cronistas del Incario*:

— *Cronistas pre-toledanos*.

— *Cronistas toledanos*.

— *Cronistas post-toledanos*.

e.— *Cronistas particulares*.

Veáse, Sánchez, Luis Alberto: *La literatura peruana*, P. L. Villanueva Editor; tomo I, pp. 224-227; 1973, Lima, Perú.

<sup>4</sup> Véase su obra: *El Inca Garcilaso, clásico de América*. Edit. Sepsetentas, Méjico, 1976, p. 35.

<sup>5</sup> Sánchez, Luis Alberto: ob. cit., p. 247.

<sup>6</sup> «Nosotros desconocemos —dice el historiador Pablo Macera— las diferencias de edades que existían entre el padre de Garcilaso, García Lasso de la Vega y su madre Isabel Chimpu Ocllo; pero es muy posible que la brecha fuera muy grande por lo que la visualización que tendrá el propio inca, no tanto en la experiencia directamente vivida sino en la reconstrucción que realiza posteriormente en su recuerdo, cuando entiende lo que esto significa, será el encuentro de un elemento de abuso y aprovechamiento de su padre hacia su madre, que aparece como la víctima. Y eso marca su vida... para Garcilaso, un poco que su padre es un neurasténico que lo manipula para exculparse hasta el final... hasta el día de su muerte.» Véase: Vida, pasión y muerte del mestizo Garcilaso. El caballo rojo, suplemento dominical del Diario de Marka; n.º. 82; Lima, 17 de enero de 1982, p. 9. Artículo recogido en *Las furias y las penas*; Pablo Macera. Mosca Azul Editores, Lima, Perú 1983; p. 371.

conquistador<sup>7</sup>. Pero la significación de su obra «... va mucho más allá de estas modestas intenciones nacidas del amor filial. No las elevemos, pues, a fórmula simplista». Este bifronte canto filial está lleno de amargura también. «Quiere el Inca glorificar a sus dos estirpes, pero la gloria que les dé se hallará empapada en amargura»<sup>8</sup>. Desde esta perspectiva trágica y doblemente paradójica debe explicarse su *escepticismo* y resentimiento que opta por una escritura que tiende a aferrarse en el *pasado* (un tiempo *sido*). Pero frente a esta añoranza está otra perspectiva: la del *mañana*, de lo que *adviene* o está por venir. Este *éxtasis* de la *temporalidad*— para decirlo con palabras del filósofo Heidegger—, aparece difusamente previsto en su visión; es que el tiempo *presente* (lo que está siendo, lo que está sucediendo) es caótico y sombrío. Pero lo que «adviene» presupone necesariamente el «sido» y lo que «está siendo», porque el presente está envuelto, para la visión de Garcilaso, dentro de la tensión «estática» de futuro y pasado. Ahora bien: el «mañana», lo que está por venir todavía no existe como ámbito histórico; Garcilaso lo presiente, lo intuye<sup>9</sup>. Un poco como que el «mañana» está brotando de su tragedia personal. Garcilaso *es* el «mañana»; después de él, todos nosotros constituiríamos (constituimos) el rostro antropológico del Perú mestizo. Somos el futuro de Garcilaso. Desde esta realidad debe explicarse su fatalismo, sus esperanzas y sus expectativas.

Puede decirse que Garcilaso descubre su *patria* desde su soledad en la lejana España (país al que llega en 1561, es decir, a la edad de 22 años); tal vez el exilio y marginación acentuaron su vocación de escritor, dándole el horizonte necesario para contornear recuerdos y organizar asedios vertiginosos. Habla del Perú movido, como él mismo lo dice, por el «amor natural de la Patria». Sin embargo, sus comentarios no caen ni en el jingoísmo ni en la xenofobia.

Su sentimiento indiano se patentiza en la primera parte de *Los comentarios reales*; siendo la segunda parte, expresión de su sentimiento español, presentándose como *defensor de la fe* y exaltador de la conquista y los beneficios de la colonización y cristianización de América. Pero su visión mestiza le hace declarar que escribe para *deleite* de indios y españoles *porque de ambas naciones tengo prendas*. Inútil resulta pues seguir explotando a Garcilaso como símbolo de un hispanismo o indigenismo arbitrarios y antagónicos. Su presencia y su mensaje trascienden estos exclusivismos. Garcilaso ha perdido su patria como perdió su hogar. Es un hombre desamparado. «Será indio — escribe José Durand— para lo indio, español para lo español. También podrá ser español para lo indio o indio para lo hispánico. No es ni lo uno ni lo otro, ni es tampoco que su manifiesta complejidad espiritual sea una especie de doble personalidad enfermiza. Garcilaso podrá serlo todo, indio, español o lo que sea, porque es el hombre

<sup>7</sup> Comentarios reales, parte II, libro VIII, cap. XXI. Librería e Imprenta Gil, S. A., Lima, Perú 1945.

<sup>8</sup> Durand, José: ob. cit., pp. 23-24.

<sup>9</sup> También Jorge Basadre dice: «Cara al pasado de su pueblo y al pasado de su propia vida, el Inca, ciertamente no profetiza el porvenir de la patria ni la promesa de una vida mejor para todos los peruanos. Mas este dualismo es propio de la hora auroral a la que él pertenece. Y hay en él un misterio. El Perú como continuidad en el tiempo al enlazar los nombres de Manco y Pizarro.» Meditaciones sobre el destino histórico del Perú. Ediciones Huascarán, Lima, Perú 1947; p. 107.

que ha perdido su patria<sup>10</sup>. Él representa el nacimiento trágico de un nuevo espíritu, el espíritu americano, mestizo en su sentir y latir. Y es así cómo desde entonces aparece con fuerza la idea de pensar al Perú en término de dos repúblicas antagónicas. El eminente historiador Pablo Macera, partiendo del concepto de *Cuerpo de Nación* que propone Miguel Maticorena (también historiador peruano) dice: «Desde el siglo XVI y en todo el curso del siglo XVIII los españoles pensaron al Perú en término de dos repúblicas: la de los indios y la de los españoles. Repúblicas que, en cierta medida, se correspondían a otras tantas naciones: la nación india y la nación española. Esta actitud implicaba no aceptar ciertas *realidades*: se dejaba fuera a los diferentes «mestizajes» y a la enorme realidad que constituían los esclavos africanos que, en Lima, llegaron a constituir casi las dos terceras partes de la población. Sin embargo, en el siglo XVIII, los españoles advierten las dificultades que tenía manejar así el país y deciden introducir el concepto de *Cuerpo de Nación*. Y si bien admiten una pluralidad de naciones crean una suerte de concertación entre ellas para impedir que el sistema colapse... ¿Existe una nación peruana! Esta afirmación, como puede fácilmente entenderse, tenía un carácter futurista. No se afirmaba la existencia de una cierta unidad nacional sino, por el contrario, la necesidad de crearla. Y entre los pocos historiadores que entienden este matiz se encuentra Jorge Basadre cuando piensa al Perú como un problema y al mismo tiempo como una posibilidad; cuando lo piensa en términos de futuro»<sup>11</sup>.

Casi siempre Garcilaso se llama a sí mismo indio o Inca. Más exactamente es un *mestizo*. Como dice muy certeramente Luis Alberto Sánchez, «en Garcilaso se gritan la soberbia de ser hijo de una «coya» y la de provenir del ilustre linaje de Garcí Pérez de Vargas. Dos aristocracias, la de cobre y la de alabastro (aunque éste un poco atezado) se juntan en aquel «cholo» insigne, filo de dos razas señoriales, finura asiática envuelta en piel de oliva, símbolo del Perú mayoritario, casi diríamos del Perú entero<sup>12</sup>. Quienes ven en él un símbolo racial de conciliación, tan cerca de los españoles como de los incas, aseguran, con la visión idílica de lo colonial, que estaba orgulloso de ser *mestizo*, que se llamaba este nombre a boca llena y se honraba con él. Pero esto no es tan claro como parece. Cuando Garcilaso se refiere a sí mismo como mestizo, dice algo más: «A los hijos de español y de india o de indio y de española, nos llamaban mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos de indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen «sois mestizo» o «es un mestizo», lo toman por menosprecio»<sup>13</sup>. Como vemos, Garcilaso, declara honrarse con el nombre de mestizo, pero añade que éste ha sido impuesto por los españoles, que él lo acepta por respeto filial aunque también por su significación y que en las Indias puede ser insultante. De esta declaración podemos colegir que Garcilaso prefería ser llamado indio antes

<sup>10</sup> Durand, José: ob. cit., p. 29.

<sup>11</sup> Véase conversaciones de Washington Delgado y Pablo Macera, sobre: «¿De qué cultura nacional hablamos?» Publicadas en el Caballo Rojo. Suplemento dominical de El Diario de Marka; n.º. 85, del 27 de diciembre de 1981, Lima, Perú; pp. 16-17. En Las furias y las penas, pp. 211-212.

<sup>12</sup> Véase: El Perú: retrato de un país adolescente. Biblioteca Peruana; ediciones Peisa, 1973, p. 20, Lima, Perú.

<sup>13</sup> Comentarios reales, IX, 31. T. III; p. 202.

que mestizo. A propósito de la significación de mestizo, dentro del contexto de Garcilaso, Pablo Macera arguye: «Existe algo que no es lo hispánico y que tampoco es lo autóctono». Algo difícil de precisar y que llamamos mestizo. Término muchas veces mal empleado, concepto muchas veces mal planteado y criticado pero que es importante mantener y revisar.

En el siglo XVII un indio era un tributario, el miembro de una comunidad que pagaba su contribución al Estado. Un español era alguien que, por el contrario, se encontraba libre de esta carga.

Un *mestizo* (subrayado por L. A.), por su parte, era un hombre, hijo, generalmente, de padre español y de madre india en una relación ilegítima, que deseaba ser español no sólo por la mayor estimación social que tenía el padre sino porque además era una forma de no pagar tributos. En otras palabras, negar a la madre era, en el siglo XVII, una forma de no pagar tributos y de no ser indio... un indígena tenía tierras y podía pagar los tributos mientras que los mestizos no tenían nada, salvo su resentimiento y su aspiración a no ser<sup>14</sup>. No olvidemos también que Garcilaso de niño y joven firmaba como Gómez Suárez de Figueroa, nombre que se vio obligado a cambiar luego en España (en 1586) por el de Garcilaso Inca (o Inga) de la Vega, como aparece en las dedicatorias de su traducción de los *Diálogos del amor*, *La Florida* y *Los Comentarios reales*. Pablo Macera plantea que el nombre de bautizo que recibe Garcilaso por parte de su padre, viene a tornarse en una gran humillación que sufre el Inca: «Por esta razón —dice Macera—, al momento del bautizo el padre de Garcilaso no le pone su nombre aunque sí uno de los de su familia: Gómez Suárez de Figueroa. Este hecho implica que el padre se siente contagiado del destino que le está adjudicando a su hijo porque si bien le da un nombre secundario dentro de su destino biográfico, le da uno de los mejores de su familia. Y al ponérselo lo está condenando, sin querer, a una de las más grandes humillaciones que sufre el Inca»<sup>15</sup>. Pero también con el mismo interés que prefiere llamarse Inca, Garcilaso pudo también recordar la otra mitad de su linaje y llamarse *español*. No lo hizo ni una sola vez, pese a que en 1596 redacta la descendencia o genealogía del famoso Garcí-Pérez de Vargas a la cual pertenecía su padre el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega. A propósito de ello Raúl Porras Barrenechea dice que el título exacto de este manuscrito de veintiocho páginas que deja Garcilaso, es *Relación de la descendencia de Garcí-Pérez de Vargas*<sup>16</sup>. Garcilaso quiere ser español, y quiere que se le trate como tal. «Garcilaso acepta —escribe Macera— el destino señalado por su padre y dice: «Soy un caballero español con limitaciones porque debo admitir mi condición de mestizo y de bastardo pero... (y se problematiza) existen otros en Europa que también son bastardos, como don Juan de Austria, hermano del Rey de España... ¿Por qué voy a continuar marginado? ¡Voy a jugar esa carta!». Y Garcilaso se la juega hasta el final. Hasta la mitad de su vida quiere ser español...¿y qué hace para ser español? Las más grandes porquerías que puede hacer un arribista, un *metèque*, y la peor...

<sup>14</sup> Véase: Vida, pasión y muerte del mestizo Garcilaso, p. 8. Véase Las furias y las penas, p. 369.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>16</sup> Véase la reproducción facsimilar del manuscrito original, con un prólogo por Raúl Porras Barrenechea. Ediciones del Instituto de Historia, Lima, Perú 1951.

combatir en España a mestizos igual que él. Garcilaso consigue ser capitán en España combatiendo a los mestizos y criollos de las Alpujarras... Y, además, enamora a la sobrina de Góngora, y él sabía quién era Góngora, y cómo sus pretensiones disgustaban a la familia... De repente, un día le tocan la puerta y le dicen: «De parte del señor marqués de Priego, usted no puede seguir llamándose como se llama. Usted no puede llamarse Gómez Suárez de Figueroa acá abajo en Montilla porque allá arriba el marqués se llama igual que usted. Y usted es demasiado inferior, demasiado porquería, peruano y mestizo, para llamarse igual que él. ¡Cámbiese usted de nombre!»<sup>17</sup> (reconstrucción imaginaria y riesgosa de Macera).

A partir de entonces tiene que llamarse Garcilaso de la Vega y ya no Gómez Suárez de Figueroa como lo bautizaron.

Además no olvidemos también que en los diálogos de infancia y juventud, Garcilaso pregunta a sus parientes: «¿Quién fue el primero de *nuestros* incas... ¿Qué origen tuvieron *nuestras* hazañas<sup>18</sup>. Es decir, la búsqueda de su identidad personal es angustiosa y el impulso nativista es manifiesto en su desesperación existencial.

Por otro lado, Garcilaso casi siempre nos recuerda que su obra es para los peruanos. Es básico, por ejemplo, el encabezamiento del prólogo de su *Historia general*: «Prólogo a los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú. El Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano. Salud y felicidad»<sup>19</sup>. Dedicatoria que prueba fehacientemente que su obra está dirigida a *nosotros*, los naturales del nuevo mundo. Lo cual no significa de ninguna manera que no esté escrita también para los *otros*, es decir, para quienes no son peruanos, como lo dice en otra cita: por dar a conocer al universo nuestra patria, gente y nación...» En efecto consigue lo que se propone, pues su obra encontrará acogida extraordinaria en Europa. De ahí el sentido universalista de sus escritos. Es que da a conocer al mundo europeo el mundo americano, a partir de sus recuerdos y de su fuentes teóricas europeas, como dice muy bien la investigadora norteamericana Frances G. Crowley en su obra *Garcilaso de la Vega inca and his sources*, publicada en los Estados Unidos en 1971<sup>20</sup>. A propósito de este tema, el historiador Jorge Basadre, acota: «Los misioneros, los viajeros, los cronistas de la Conquista contribuyeron a fomentar el exotismo americanista.» Y no olvidemos que sólo de los *Los comentarios reales* del Inca Garcilaso hubo más de doce ediciones francesas hasta 1780<sup>21</sup>. Sin embargo, Garcilaso se empe-

<sup>17</sup> Macera, Pablo: art. cit., p. 9. También en *Las furias y las penas*, p. 374.

<sup>18</sup> *Comentarios reales*, lib. I, cap. XV, p. 53.

<sup>19</sup> *Ibidem*, t. III, p. 235.

<sup>20</sup> *Invitada por el Instituto Raúl Porras Barrenechea, de la Universidad Nacional de San Marcos de Lima, la doctora Frances G. Crowley dictó tres conferencias a fines del mes de marzo de 1981. El martes 26 de marzo y viernes 29, pronunció las conferencias En las huellas de Garcilaso y Toponímicos en la obra de Garcilaso, en el local del Instituto Porras. El mismo 29, en horas de la mañana, disertó sobre El simbolismo de las ciudades de Garcilaso, en la Academia Diplomática del Perú. La doctora Crowley, catedrática de Lengua y Literatura Española, Hispanoamericana y Francesa del Departamento de Lenguas Extranjeras de Southeast Missouri State University, ha enseñado en ese alto centro de estudios superiores, literatura española moderna y contemporánea, literatura hispanoamericana, el teatro de el Siglo de Oro, la novela en el Siglo de Oro. Ha hecho estudios de investigación literaria y lingüística sobre nuestro Inca Garcilaso de la Vega, como aquél que hemos citado.*

<sup>21</sup> Basadre, Jorge: ob. cit., p. 223. A propósito de las traducciones de los *Comentarios reales*, Carlos Daniel Valcárcel da la siguiente noticia. Existen veinte traducciones al francés, siendo la primera del año 1633 y la

ña en distinguirnos de sus demás lectores, de los extranjeros: «Nombrar las provincias —dice— en particular es para los del Perú, que para los otros reinos fuera impertinencia; perdóneseme que deseo servir a todos.»<sup>22</sup> Indudablemente tenía conciencia de su propio valor pero no era sino un indio, cuyo linaje materno ya no contaba en aquellas horas. Acotación importante es la que hace Macera respecto del valor de Chimpu Ocllo—madre: «Nosotros no podemos considerar —escribe Macera— si este hijo fue pensado por sus progenitores como el hijo, para repetir las palabras de Luis Valcárcel y Raúl Porras, de un conquistador y de una princesa incaica.» Lo más probable es, para hablar con franqueza, que esto no hubiera sido pensado y que para el padre de Garcilaso la joven quechua le gustara y punto. De modo que yo me atrevería a decir que aquello que el término *princesa cuzqueña* implica fue incorporado posteriormente para mejorar una relación que se consideraba simbólica para la colectividad. Al padre de Garcilaso simplemente le gustó una joven india»<sup>23</sup>. En ese momento Garcilaso era un hombre que pertenecía a un pueblo conquistado, enajenado: asumió su condición, fue un indio y lo repitió constantemente en su obra; orgullosamente se llamó el Inca. Nuestro autor descubre lo peruano y en ese momento lo peruano es lo colonial. La idea del *Nuevo Mundo* ha de configurarse desde este horizonte: como posibilidad, como proyecto. Como lo dice Aurelio Miró Quesada refiriéndose a la obra de Garcilaso: «Relato histórico, pero también retrato vivo de un país y de una época, la obra del Inca Garcilaso alcanza así no sólo su terminación sino su cumbre; y por su compartido amor a lo indio y lo español, a la sangre de Chimpu Ocllo y de Garcilaso el Capitán, a la tierra y los hombres del Perú, a la armonía y a la rebeldía, a la raíz autóctona y a la cultura de vuelo universal, sienta las bases de la nacionalidad peruana y logra el primer ejemplo glorioso de un mestizo (racial y espiritual) en el *Nuevo Mundo Americano*.»<sup>24</sup> La trascendencia de Garcilaso se sitúa pues, dentro del horizonte de este nuevo mundo porque es considerado, para decirlo con palabras de Raúl Porras Barrenechea, como «el primer mestizo biológico y espiritual que aparece en el escenario intelectual de América»<sup>25</sup>. Y por ende sigue la idea de Porras, «el primer peruano por su sentimiento de la tierra y del paisaje y por la fusión de las dos razas antagónicas de la conquista y de los legados y tradiciones espirituales de ambas». Siendo *Los comentarios reales* «... fruto de ese doble aprendizaje y de ese trágico dualismo espiritual...»; obra que nace como la «más representativa del espíritu peruano, la que podría llamarse el primer va-

*segunda de 1830. Cuatro traducciones al inglés, la primera en 1625 y la cuarta en 1869. Al alemán, existen seis traducciones, la primera en 1753 y la sexta en 1796. A lengua flamenca, existe una traducción en 1931. Al italiano, hasta 1939, no se registra ninguna traducción. Al ruso, existe una sola traducción, realizada en 1975 por los latinoamericanistas soviéticos Y. Knorosov y V. Kuzmieshev.*

*Y según José Durand, existen las siguientes traducciones de La Florida del Inca: al francés ocho traducciones, la primera en 1670 y la octava en 1751. Al alemán, cinco traducciones, la primera en 1753; la quinta en 1796. Al inglés, dos traducciones, en 1881 y 1951. A la lengua flamenca, una traducción en 1930. Estas ediciones múltiples de las obras de Garcilaso evidencian el creciente interés de las vastas capas de la opinión europea por las remotas, pero eternamente jóvenes culturas de América y por la vida y la lucha de aquellos cuyos predecesores hicieron este invaluable aporte al acervo de la cultura universal.*

<sup>22</sup> *Comentarios reales, segunda parte, t. III, p. 235.*

<sup>23</sup> *Macera, Pablo: art. cit., p. 9. También en Las furias y las penas, pp. 371-372.*

<sup>24</sup> *Véase el prólogo a La Florida del Inca, Edit. Fondo de Cultura Económica; Méjico 1956, p. 74.*

<sup>25</sup> *El sentido tradicional en la literatura peruana, Edit. Minerva, Lima, Perú 1969, p. 17.*



gido de la nacionalidad»; deviniendo en máxima explosión de «la obra de transculturación y de mestización espiritual». Porras Barrenechea va aún más lejos: ubica a Garcilaso dentro del horizonte de la gran tradición intelectual de *Nuestra América*. Es que la obra de Garcilaso es una de las claves que va a servir para diseñar tanto el camino literario como el camino histórico del alma americana; de esta manera el tema del mestizaje hay que verlo, inclusive, culturalmente. Desde esta perspectiva, José Carlos Mariátegui considera, rápidamente, que la primera etapa de la literatura de la Colonia es española y no peruana genuinamente hablando, no por estar «escrita en español, sino por haber sido concebida con espíritu y sentimiento españoles». Al mismo tiempo agrega — apoyándose en una cita de José Gálvez— que, tanto Garcilaso como Caviedes son dos excepciones dentro de este panorama inicial. Lo cual puede significar que Mariátegui cae en una contradicción, puesto que anteriormente había escrito tajantemente que la literatura nacional en el Perú «es una literatura escrita, pensada y sentida en español, aunque en los tonos, y aún en la sintaxis y prosodia del idioma, la influencia indígena sea en algunos casos más o menos palmaria e intensa»<sup>26</sup>. Lo cual por supuesto no es el caso de Garcilaso. En otro pasaje de sus ensayos Mariátegui recalca la insularidad y trascendencia de la vida y obra de Garcilaso diciendo que en él «se dan la mano dos edades, dos culturas...»; siendo «más Inka que conquistador, más quechua que español»<sup>27</sup>. «Garcilaso —sigue la reiteración de Mariátegui— nació del primer abrazo, del primer amplexo fecundo de las dos razas, la conquistadora y la indígena», contradiciéndose así con lo que anteriormente sostenía en el sentido de ver en la personalidad y obra de Garcilaso una *primacía quechua*; es más, Mariátegui utiliza la palabra «peruanidad» entre comillas para finalizar su punto de vista diciendo que Garcilaso «es históricamente, el primer “peruano”, si entendemos la “peruanidad” como una formación social, determinada por la conquista y la colonización españolas. Garcilaso llena con su nombre y su obra una etapa entera de la literatura peruana. Es el primer peruano sin dejar de ser español.»<sup>28</sup>

Esta importancia bifronte de la obra de Garcilaso: la histórica y la literaria, hacen de él un autor doblemente comprometido: comprometido con su pueblo y comprometido con la palabra escrita. Por eso a manera de epílogo digámoslo: para comprender a Garcilaso, leámoslo.

**Luis Alberto Arista Montoya**

<sup>26</sup> Siete ensayos sobre la realidad peruana, *Edit. Amauta, Lima, Perú 1957, p. 203.*

<sup>27</sup> *Ibidem, p. 204.*

<sup>28</sup> *Ibidem, p. 205.*